A lo largo de todas estas páginas nos ha acompañado, acompasado, el desvelamiento de la última morada de una mujer que no sólo cambió el rumbo de sus días, sino hasta de los nuestros. La Reina Roja cumple éste, treinta años de haberse hallado en el mapa de un nuevo impulso arqueológico en México y tuvimos la fortuna de encontrarnos con su descubridora, que con sus palabras, recuerdos e imágenes, nos prodigó esta experiencia.

Tres décadas y más de mil años con la Reina Roja

El encuentro con la arqueóloga Fanny López Jiménez parecía imposible. Ella misma acudió al Borges del cuento "*Deutsches Requiem*" para reconocer que la casualidad nos había citado para esta charla. Un fugaz y luengo viaje al III Simposio Latinoamericano y Caribeño *Re/pensar la educación superior desde el Sur global* a principios de octubre de este año quiso dar con su ella en San Cristóbal de las Casas.

Una azarosa invitación a comer. La exposición aventurada en una aleatoria conversa, concentrada más en quién pasaba las viandas a qué extremo de la mesa, nos hizo preguntarnos qué nos había llevado a esa carambola con la canasta del pan y las salsas.



De este lado íbamos a exponer sobre esta revista, *Universidades*, a través del tiempo, a la luz del 75 aniversario de la UDUALC, a invitar a leernos, a convocar colaboradores. Ella, desenfadada, confesó que era arqueóloga y que había estado en el descubrimiento del sarcófago de la Reina Roja en Palenque en 1994.

Treinta años después, y en Chiapas, se entablaba este diálogo con quien pudo asomarse por vez primera en mil trescientos años al entierro de Tz'ak-b'u Ajaw, en otro juego de azar, una búsqueda somera en los recintos habitacionales que pretendía otorgarle alguna vista nueva a la entrada de la zona arqueológica.

Y en el edificio XIII, a un costado del magnífico Templo de las Inscripciones, "crucé el umbral del tiempo", responde Fanny a la pregunta de qué sintió ante ese descubrimiento. "Conforme caminaba por el pasillo del acceso al montículo, conforme me adentraba a esa humedad llena de olores peculiares, sentía que dejaba aquel 1994, que me despedía de mis colaboradores ahí a lado, y me transportaba en el tiempo para no volver más". Así iniciamos esta incauta entrevista convidada por el acaso maya.

¿Qué pasaba en la arqueología mexicana mientras te ibas de viaje por el tiempo?

Estábamos en un auge. Después de muchas décadas en que los arqueólogos estuvieron sólo hasta tres meses trabajando en campo, alrededor de esos años se impuso una permanencia total, de un año, cuando menos, en un mismo sitio, excavando. El presidente Carlos Salinas de Gortari había aprobado 14 proyectos especiales por todo el país y todos aportaban novedades del México prehispánico: juegos de pelota, ofrendas, cerámicas preciosas.



¿Cómo se anuncia un hallazgo así, cómo les tocó hacerlo?

Ese año había comenzado con los conflictos políticos que sabemos. Las presidencias municipales de San Cristóbal y de Ocosingo estaban tomadas por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que desde el primer día de 1994 estaba en revuelta. Cuando volvimos a Palenque después de iniciado el levantamiento armado del EZLN, en marzo, incluso algunos de nuestros trabajadores estaban en medio del conflicto, ese era el clima en el que trabajamos.

Pero también estaban todos los periodistas de todo el mundo, y como pólvora se regó la noticia. Las primeras noticias se dieron muy temprano el descubrimiento, en abril, y no fue sino hasta junio, en que *La Jornada* le da una primera plana, en que el mundo pudo ver cómo florecía ese otro Chiapas al paralelo de la insurgencia zapatista.

¿Se sabía quién era ella de antes o todo lo fueron descubriendo en el proceso?

Algo muy importante fue que desde el momento en que –con el director del proyecto, Arnaldo González Cruz– estábamos haciendo el boquete para asomarnos al interior de la cámara funeraria, y al estar narrándonos todo lo que íbamos viendo, expresé que intuía se trataba de una mujer la que estaba en ese lugar. Entonces González Cruz me dijo que la arqueología no se trataba de intuiciones, pero mi sentir era muy fuerte.

Invitamos al mejor antropólogo forense, Arturo Romano, quien 40 años antes había definido para nuestro porvenir los restos óseos de Pakal, a que se asomara. Y sin levantar un hueso, al llegar a la presencia de los restos carmesís de cinabrio reconoció que era una mujer a simple vista.

Feliz de esa certeza empecé a buscar a las mujeres en la iconografía de Palenque. Primero ya estaba definida Yohl Ik Nal, la abuela de Pakal, en el sarcófago del rey. Y ya en los tableros aparece la madre de Pakal, Sak Kuk, quien le está cediendo el poder a su hijo a los 12 años, y otras dos mujeres, en el tablero de los esclavos en el grupo IV y en templo XIV, Tz'ak-b'u Ajaw, la esposa de Pakal, y otra Señora, que fue la esposa de uno de los hijos de Pakal. Ya a partir de ahí, investigamos, desde la iconografía, de la epigrafía de Guillermo Bernal, de la bioarqueología, para ver cuál de esas mujeres era la que podía estar enterrada en el sarcófago.

Así, poco a poco, a lo largo de estos treinta años, hemos ido descubriendo que la Reina Roja era la esposa de Pakal. Con estudios de ADN se supo que no tenía ningún parentesco con Pakal. A partir de estudios de sus dientes y su alimentación, nos enteramos que tuvo una muerte natural y que una de sus enfermedades era la osteoporosis. Que además no era de Palenque, sino de

un lugar que hoy sería El Retiro, en Tabasco. Y así nos enteramos de la alianza política y social que la llevó a ser gobernante en Palenque.

¿Cómo entendías lo que viste 1300 años después, con todo ese carmesí regado por doquier?

Yo pasé de un rutinario ejercicio de desmonte, tratando de hallar unas escalinatas y alfardas para acceder a lo que se conocía como el templo XIII, a una puerta tapiada. Eso ya fue un primer impacto. Luego vendrá ese momento importante de cuando se recorre el sarcófago, y lo primero que ven mis ojos es un cuerpo descarnado y teñido completamente de rojo. Desde ahí mi asombro.

No era la primera vez que veíamos ese color, pero nunca en esas cantidades. Otros entierros de la élite tenían cinabrio, pero ella estaba empapada completamente y el cajón técnicamente tapizado con el mismo mineral, cuyo yacimiento más cercano está en el Petén guatemalteco, evidencia de una ruta comercial clara entre Guatemala y Chiapas desde entonces.



Este cinabrio fue untado en su cuerpo y cuando las partes blandas van desapareciendo, se impregna en la osamenta. El color es sangre, la vida que ella quiere reflejar en su encuentro con los dioses del inframundo que, como la máscara, le serviría para no aparecer, frente a ellos, descarnada.

También es un momento de crisis el que se vivía entonces. No hay jeroglíficos en ninguna parte del sarcófago. No está presente el lujo del Templo de las Inscripciones por ningún lado en ese edificio. No hay jade en la máscara, sino pirita. Lo que nos lleva a pensar que estaban echando mano de todo el derroche simbólico a su disposición, además ante una muerte imprevista al parecer, en plena inestabilidad de esa ciudad. Lo que tenían a la mano era cinabrio, difícil de conseguir, y decidieron llenarlo todo ceremonialmente para dejarnos claro a nosotros que estábamos ante una mujer importante.



A lo largo de la vida desenterrada de la Reina Roja, ¿qué ha pasado en la arqueología?

Ella ha aportado mucho conocimiento sobre las mujeres en aquella época. Su descubrimiento reforzó la arqueología de género. Se visibiliza a las mujeres fuera y dentro de la arqueología, en la historia y en su descubrimiento. Si ya Tatiana Proskouriakoff lo había hecho desde los años 40, con la Reina Roja nos queda claro que las mujeres tuvieron una participación social, política, muy importante en la época del Clásico. Sobre todo en algunas ciudades como Palenque, Yaxchilán, Bonampak, donde las mujeres gobiernan, son guerreras, figuran. Nos representan el lugar que están ocupando entre los mayas.

No fueron regentes sino por décadas, varias generaciones al frente de una nación. No es sino la Señora Seis Cielo de El Naranjo que finalmente le gana a la potencia de Mesoamérica que fue Tikal después de luchar contra varias grandes ciudades. Ese es el tamaño de la fuerza con la que nos enfrentamos en el pasado.



¿Cómo vivías la arqueología siendo mujer en el momento de aquel descubrimiento?

En 1994 era la segunda chiapaneca arqueóloga. En el mismo proyecto estábamos Gabriela Ceja y yo, con cinco arqueólogos más. Pocas mujeres, en general, pero también haber tenido 14 proyectos simultáneos en todo el país, siento que también nos dio el empuje que necesitábamos como género para empezar a ocupar espacios, pues se necesitaba mucha gente por todos lados.

Hoy es distinto. Cada vez somos más arqueólogas en México. En la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, a partir de 2010, con la fundación de la carrera de Arqueología, han salido ya nueve generaciones de personas en proyectos nacionales, binacionales, teniendo una participación muy activa de investigación.

Sin embargo, si pensamos en dimensiones del país, pues considerar que apenas somos 10 licenciaturas de Arqueología que se imparten en las universidades públicas mexicanas, cubriendo regiones inmensas, no es tanto, y apenas estamos rebasando al número de hombres.